

VENUS Y EL ALBAÑIL de Nara Mansur Cao

Personajes

Yo
Tú

Esta obra trata de mí y de ti, de nuestros pensamientos. De nuestra moral, que es lo mismo que decir, nuestras creencias políticas, nuestra fe. Hace mucho calor. Mis padres trataron de igual a igual a una legión de albañiles, carpinteros, pintores de brocha gorda. Los sentaron a la mesa a comer lo mejor. Mi madre siempre es exhibicionista en sus presentaciones: pescado, pollo, pavo, pasas traídas desde el Líbano, sésamo, membrillos, los dulces más exóticos que los primos de mi papá nos mandan: llenos de nueces, dátiles, higos y otros frutos secos. Esto hizo que la energía fluyera entre ellos de manera muy rara. Algunos se confundieron. Vieron en esto arrogancia en vez de generosidad. Como si ya no fuera posible aprender a dar. Vivir en el Valle de las Rosas. Como en este caso: La obra trata de mi angustia, mientras espero que me informen cómo evoluciona mi madre después de haber sido violada, maniatada, trituradas sus costillas, por uno de esos amigos de la familia que cobran barato y saben de todos nuestros secretos (sueño con serpientes). Dónde se esconden las perlas, los dólares, las cartas de mis abuelos, los rizos rubios de mi hermano, las herramientas más sofisticadas y precisas, los huecos más solubles y húmedos. Quiero que ustedes me ayuden a superar este momento.

Tú llegas. Hacía años o al menos meses que no nos veíamos. Una vez te sentaste al lado mío en el cine San Miguel y cuando te miré vi que tenías un ojo de vidrio, realmente me asusté. Me fui corriendo hasta la casa de Judith. Estaban poniendo la película Brubaker, la vi cerca de quince veces, hasta ese día en que me hubiera gustado que me dijeras algo al oído y no me miraras con ese ojo falsamente azul... Claro, para ti fue un chiste, era un juego; tus amigos estaban afuera y se reían de cómo corría, además me caí y me raspé las rodillas. Sin embargo, cuando llegué a la casa y mi papá me curó, pensé que si me hubieras dicho que me ibas a amar usando un alambre caliente o un poco de electricidad, el mensaje hubiera llegado mejor, creo que me hubiera mojado de lo lindo.

Siempre me veo haciendo lo mismo. Siempre. Corriendo. Esta vez corrí cuando me avisaron de que mi mamá estaba inconsciente y golpeada. Pensé en mi padre (tan inteligente para otras cosas) y en lo poco que yo misma he tocado la cara de mi madre. Es lo que más quiero en la vida. Y esta situación en la que me encuentro es la más horrible de las cosas que me pasaron en la vida. Por eso pido ayuda. Por eso, espero sentada aquí tan tranquila. Y tú me comprendes a pesar de todo. Yo no soy una resentida. Viniste porque te contaron algo pero no sabes mucho. Divagas, te duermes, no sabes qué decirme; y siempre has pensado que exagero e invento cosas.

Mamá, dime quién te hizo esto. ¿Por qué siempre tuviste que ser tan amable con todo el que llegara a la casa?

Yo. Mi padre no se daba cuenta de que el arma era una amenaza real. El albañil iba a violar a mi mamá.

Tú. ¿No estás exagerando?

Yo. Se tocaba todo el tiempo, siempre dijo que tenía problemas en la próstata, y hacía ruido como de taladro con la boca. Decía

que era ventrílocuo, que trabajó en un circo de niño. Se puso contra la pared para que pensáramos que estaba de lleno metido en el arreglo de la ventana, con la falleba así, el sube y baja de los mecanismos, la grasa, el taladro en realidad estaba lejos. Pero de vez en cuando enseñaba algunas mazorcas de maíz que había comprado, y mi mamá no sospechó nada. Pensé que era un chiste o una promesa de que iba a ayudarla a hacer tamales; hablaron de eso ayer.

Tú. Se te ocurren cada cosas. Subestimás mucho a tu padre.

Yo. Cómo pudo dejar que un hombre así se acerque a mi madre.

Tú. Pero de ahí a violarla.

Yo. Se tocaba. Todo aquello enfrente de la ventana. Yo estaba del otro lado. Me fui a casa de Lucy, la ventana de su cocina queda enfrente de la del cuarto de ellos. Se estaba haciendo un jugo de frutabomba. La quería tener bien parada. Quería ver si le funcionaba la batidora. Si lo oyeras, se pasa la vida hablando de lo que hace con su mujer. Lo único que le falta por decir es que se tira de la lámpara. Seguro que todo es mentira, estoy segura que ella piensa horrores de él, que es un negroapestoso con las uñas llenas de mugre. Para todo dice, cuando termina de hacer un cuento... «Y se reía, y se reía»... Qué pesadez. ¿Crees que una blanca se va a acostar con ese negro con la peste que siempre tiene? Cuando lo conocimos era otra cosa, pero ahora siempre tiene... No te dije que era epiléptico... Qué horror, eso es estar loco o casi, ¿o no? ¿Crees que ella, depresiva y todo como es, cuando sale del hospital se va a dejar meter esa mano puerca? Tendría que estar demasiado chocha.

Tú. Pero de ahí a decir que tu mamá...

Yo. Lo sacó todo del closet, todas las herramientas que mi papá le regaló, dijo que tenía que hacer un arreglo «capital» en Miramar. Dijo que conoció a la esposa de un embajador. ¿Tú crees que uno puede creer algo así?

Tú. Ven, deja eso ya. Ciérrate el vestido que se te ve todo. Tengo que decirte una cosa.

Yo. No, nada de eso, ya sé.

Tú. No sabes a cuántos he ayudado. Van a pedirte que hagas una declaración.

Yo. Hubiera querido encontrarlos embalsamados, morirme antes, decirles que con otras ropas hubiera sido distinto todo. Somos tan pobres. Mi papá no quiere gastar nada. Y esa mazorca mirándome, llena de sangre. No voy a firmar nada. ¿Qué les digo?

Tú. A ti no te hace falta. No te ayuda en nada. No se trata de pedir ayuda. Yo lo pienso mejor antes de decir toda la sarta de estupideces de «Por favor»... «Oiga, cree que pudiera...». Los dejo que piensen que confío en ellos.

Yo. ¿Cómo tú crees que yo iba a dejar que en mi propia cara ese negro tocara a mi mamá?

Tú. ¿No sería que ella lo sonsacó? Tu madre también es tan afectada. Yo antes sentía (de verdad) que todo eso era papití. No soporto a la gente que aunque sea la guachipupa te la traiga con el platico abajo y en un vaso de tres metros de largo, con hielo y absorbente. Qué repugnante recomemierda. No entiendes que la gente siente que le estás pisando los cojones.

Yo. Tú estás enfermo de tu pendejada de cabeza, no sé para qué coño estudiaste. Te metiste ese cerebro no sé contra qué. ¿Por coger un avión? ¿Porque comiste cinco días seguidos carne? Eres igualitico que el asesino ese...

Tú. No viste el video que traje ayer.

Yo. Lo vi y no me erizó ni un pelo. No me dio ganas de hacer nada. Se ve que tú no conociste a mi mamá en sus buenos tiempos.

Tú. ¿Quieres un cigarrito?

Yo. ¿Qué?

Tú. No te hagas la malcriada.

Yo. ¿Tú crees que le va a pasar algo?

Tú. ¿Algo peor?

Yo. Sí, yo no quiero que lo metan ahí dentro tanto rato. Quiero que me mire a la cara, que no me lo escondan.

Tú. Como dicen en la televisión: «Patria es humanidad y grandeza». Por eso lo van a meter en la cárcel. ¿Por qué no damos una vuelta rápido? En cualquier momento puede volver.

Yo. Siempre la veía regresar del trabajo entre el bosque de pinos. En ese tiempo no pasaba nada malo. Todos íbamos a jugar allá.

Tú. Y dónde están todos esos árboles. Un día vi una ardilla.

Yo. No sé. Nunca vi llegar ahí una taladradora, ni una sierra eléctrica, nunca sentí ruido de nada. Qué se hizo de todos esos pinos. Ahora me acordé de nuevo del taladro.

Tú. Parecía un museo toda esa parte, una película. Siempre había olor a hierba fresca. Tienes que empezar a conformarte, a perdonar incluso. No va a ser igual que antes. ¿Quieres que nos vayamos un ratico a algún lado?

Yo. A veces pienso que no le pregunté las cosas que debía. Ella siempre me decía con su boquita de molleja: «Tu país es el más bonito de la tierra, tu padre es el hombre más inteligente del mundo, ya está a punto de llegar el invierno, no sufras tanto, que todo pasa, no te desesperes, los niños no se van a demorar tanto en aprender, ya verás. Dale, arréglate, ponte esa saya morada que te afina cantidad».

Tú. ¿No habrá un poquito de café por ahí?

Yo. Saca la mano, anda. Eso no es tuyo. Sabrá Dios quién lo dejó ahí. Si yo hubiera podido ir a ese colegio como el que ella fue de niña.

Tú. No pienses más en lo que no tiene remedio.

Yo. Desde que ese negro llegó a la casa todo cambió entre ellos. ¿Viste cómo se puso mi papá el día que se rompió la Venus del cuarto? No le dio casi importancia. Sabía que era lo que más mi

mamá quería en la vida: la niña, mi hermano que en gloria esté, y la Venus de porcelana. En el año 61 vinieron del Museo de Bellas Artes y le dijeron que era legítima, está firmada, tiene un cuño. Hay, es decir, había siete en el mundo solamente... cuántas habrá, ¿cuántas quedarán ahora? Ni los niños ni los gatos ni los ladrones... sobrevivió a todo... El negro ese sabía que ella no iba a poder resistir algo así. Además, ¿por qué mi papá le tuvo que decir nada? ¿Por qué se lo tenía que contar todo?

Tú. ¿Quieres que te apriete el grano ese que te salió?

Yo. ¿Se ve mucho?

Tú. Tiene la punta negra. Está bastante desagradable.

Yo. Deja, mañana tengo turno.

Tú. Prefieres pagarle al mequetrefe ese.

Yo. No me gusta que nadie me toque la cara. No te pongas mal por eso. Mira que se demoran. Juegan todo el tiempo con los sentimientos de la gente. Hasta ahora mismo no había alambres finitos para las yerbas largas con las que enredan el aro para que no se vea el forro. ¿Tendremos nosotros que llegar a pensar en las coronas?

Tú. Hay una manifestación allá afuera. Te van a preguntar de todo.

Yo. Le pidió a mi papá la semana pasada sus mejores corbatas y un traje de satín azul prusia. Ese hombre no tiene ninguna moral. Cada vez que he visto a su mujer, parece salida de la peluquería.

Tú. No te angusties.

Yo. Ay, tengo hambre. ¿Tú ves a esa mujer que está detrás del cristal? Mi prima es igualitica a ella, pero más vistosa. No está teñida ni nada. ¿Viste el vestido? Así mismo fue el que te conté que mi mamá quería. Yo siempre pensé que un día iba a poder ir con ella a una tienda y comprarle ese perfume que miraba y miraba en la vidriera. Decirle: «Mami, compra dos pomos, para que se te quite la ansiedad de que se te va a acabar. Empleada, señorita (mejor dicho), me pone dos de Arpegio, de Lanvin».

Ella cada vez que yo empezaba con la crisis de los juanetes me decía: «Tú verás que vamos a encontrar unos buenos zapatos para ti. Ni tenis ni chancletas, que yo sé que no te gustan sino algo con estilo, femeninos pero fuertes, que puedas caminar hasta la Calzada y que si llueve no se te despeguen. De cuarenta pesos en adelante. Mire, empleada, señorita (mejor dicho), me llevo los dos pares: los azul cielo y los dorados». ¿No estás aburrido?

Tú. Si al menos hubiera algo que hacer. Me gusta mirar el mundo sin hacer nada.

Yo. Me alegra que la vagancia no te pese, que no te ponga mal. La vecina que se mudó, la que te conté que fue mi maestra de Pre-escolar vive obsesionada porque la vayan a enterrar viva. Quiere que el velorio se demore lo máximo posible.

Tú. Qué pena me dio que me vieras comer pollo. A ti nada más se te ocurre invitarme el primer día y lo que pusiste en la mesa: un pollo de cuatro libras, entero... ¿Qué querías probar?

Yo. Tus modales, que sabías usar el cuchillo... Si le aguantas a un tipo el olor a pollo en la boca y en las manos, se puede decir que le puedes aguantar casi todo ya.

Tú. ¿Te entraron ganas? ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Cuántas veces antes no...

Yo. En este mismo instante es que aparece el odio. Un odio que hace que todo se me paralice y no me salga ni un milímetro de leche. Mi pobre madre, ¿qué sintió cuando vio a esa cosa asquerosa venírsele para arriba? ¿Por qué no gritó?

Tú. Le estaría rectificando algún trabajo, ¿no te parece?

Yo. Tú no sabes que mi mamá... Me quedé sin dinero. ¿Puedes ir y comprarle un pan con jamón y queso y un refresco a la enfermera, y así no tengo que humillármele tanto y no me lo sacas en cara tú mismo? Se te olvidó que yo estudié... Eh, se te olvidó que yo le repasaba a todas esas niñas del solar de al lado y mi mamá

preparaba merienda para todos y que ellas repetían y repetían... Mírala ahora, se hizo la que no me conoce porque no tengo nada que darle, me volví más pobre y necesitada que ella. Bueno, trae el pan más grande, que tengo que hablarle:

Mi querida Eunice:

¿Te acuerdas de mí, la nieta de Margarita? Si a ti te encantaba el flan de calabaza y a tu hermana, el pudín diplomático. Sí, mi mamá es la de la cama 15... ¿Verdad que esas cosas no parece que pudieran pasarle a una mujer como mi mamá?... Sí, a los cincuenta tuvo la menopausia... ¿De verdad que no me reconoces todavía? Pero si tú me rompiste el cigüeñal de la bicicleta porque te gustaba tirarte de la Loma del Burro sin poner los pies en los pedales; frenabas contra lo que se aparecía por tu camino. Debo tener las pupilas dilatadas por el susto, sí, estos ojos azules no se le despintan a nadie, por eso me extraña. No, no son de mi mamá. ¿Viste qué saltones los tiene? ¿Abrió los ojos contigo delante? ¿Te hizo alguna seña? ¿Tú sabes poner bien la cuña, no? Sin lastimarla, digo. Porque si no yo... ¿Ya merendaste, Eunice? Angelita se llamaba la tía tuya, ¿no? Hará falta que traigamos algo de la casa, algunas fotos de los niños, un Cristo de porcelana, el ventilador de pie, el libro de los platos deliciosos de arroz, postales de los viajes de mamá a Salamanca y Praga, que son sus ciudades preferidas. Un peine, un jarrito para el baño, una jabonera, espejitos de mirarse por delante y por detrás, una fotocopia del pasaporte... Eunice, esto que le pasó a mi mamá... ¿Tú crees? ... Pero ¿cómo tú la ves realmente?

Tú. ¿Qué pasa?

Yo. Me acuerdo de la enfermera pero ella de mí no. ¿Tú crees que estos ojos se le pueden despintar a alguien?

Tú. Azules como cuentas, ¿no es lo que decía tu abuela?

Yo. Después que la vi con el niño entre los brazos se me fue el amor del cuerpo, quiero decir, las ganas. Como si no pudiera querer a

más ningún hombre más nunca. Es lo más bonito que yo vi en mi vida, mi mamá con el niño Jesús. (O conmigo, si fuera varón, no sabría decirte.) Qué dignidad. Me entraron ganas de comprar una botella de vino y traer unas copitas de la casa. No quiero pensar en más nada más nunca. Me lavo la cara quince veces al día y sigo viendo lo mismo. A Venus. Mancillada con fango. Siento que no voy a poder hacer más nada que contemplarla para siempre, sin poder decir una palabra, una frase completa. No es que no piense en ella, sé que vendrá.

Tú. ¿Sabes si tu mamá discutió con tu papá ese día?

Yo. Ese día es hoy por la mañanita. No me hables así, no te voy a permitir que me alcés la voz. Si tuviera un hijo, a un perro no le permitiría que me gritara. Le daría una bofetada ahí mismo. No te voy a consentir, a mí nunca me consintieron, ¿me oíste? Ella lo único que quería era no compartir el pollo con ese marrano delincuente bandido negro basura energúmeno de mierda, ese día. Cuántas veces le dije que era una burguesa de pacotilla, una arrogante, exagerada. A mi propia madre le dije toda esa sarta de... Estoy muy arrepentida. Quiero decírselo.

Tú. ¿Has visto cómo se te ponen los ojos?

Yo. Busca algodón, así no puedo entrar. Tengo que hacer algo no se vayan a olvidar de nosotros aquí. Ese lo único que come en su casa es empella y viene a que ellos le sirvan la carne, la que no me dan a mí. Hasta servilletas bordadas le ponen.

Tú. ¿Estás celosa? ¿Tú no decías que te daba asco la carne?

Yo. Yo no dije nada.

Tú. Me vas a decir ahora que tu amiguita Eunice era una pobre de solemnidad y que ahora no te reconoce.

Yo. Ya no estoy tan segura de que sea ella. Pero es verdad que mi papá siendo profesor de filosofía sentía en el corazón al proletariado mundial mucho más cerca que Eunice a su padre, que trabajaba en el matadero de Lawton.

Tú. Imagínate cuánta carne habrá comido de niña. Más que nosotros dos seguro.

Yo. Antes no se robaba tanto.

Tú. Pero había vacas, uno las veía pasar en camiones por cualquier parte.

Yo. ¿De dónde vendrían? Uno nunca se preguntaba cuando las veía pasar si habían nacido en Oriente o en La Habana. Adónde iban. Parecían tantas y uno comía tan poquito. Ay, la carne... me está entrando hambre. ¿Habremos evolucionado algo nosotros en este tiempo?

Tú. Creo que nosotros no.

Yo. Ya estoy sintiendo el olor a sangre.

Tú. No seas tan optimista. Es que están vendiendo pan con morcilla allá afuera.

Yo. Tengo que salir de aquí. Voy a practicar la clase de mañana ahí en el baño. Déjame sola, te lo pido. No me interrumpas ahora, por favor. Si estoy sola me puedo concentrar. Me imagino la cara de los muchachos mirándome y creo que me acuerdo de todo. (Corte.)

Estoy en el baño. Este lugar mide menos de un metro de ancho y quizá metro y medio de largo. Está sucio. No hay cómo descargar. El meruco, la cadena, no sé, no funcionan. Quiero practicar la clase de mañana. Necesito saber lo que voy a decir. Son casi las seis. A esta hora siempre siento que el día se me acaba. Que no puedo hacer más nada. Que debo acostarme sin sueño. Memorizar sin memoria. Limpiarme sin estar sucia. La clase de hoy es sobre Antonio Gramsci. Anoten:

Así termina el período de la formación juvenil de Gramsci, cuyo factor más importante es, sin duda, la experiencia directa de su isla, Cerdeña, y la problemática que tal realidad le suscitaba. ¿Por qué Cerdeña era pobre y atrasada y, en cambio, otras regiones de Italia estaban en desarrollo y progresaban? «Imaginemos la

Cerdeña —decía a menudo el joven Gramsci a sus amigos— como un campo fértil y ubérrimo, alimentada su fertilidad por un venero de agua subterránea que viene de un lejano monte. De repente veis, que la fertilidad desaparece y donde había hermosas mieses solamente brota la hierba del suelo. Indagáis la causa de esta desgracia, pero no la encontraréis si os limitáis a buscar en vuestras parcelas, si no orientáis vuestra búsqueda hacia el monte de donde llegaba el agua y descubris entonces que, algunos kilómetros más lejos, un malvado o un egoísta cortó el agua que alimentaba la riqueza de vuestro campo».

Conclusión: Lo opuesto del amor no es el odio sino el miedo. Lo opuesto de la sabiduría no es la estupidez sino la confusión. Lo opuesto de la vida no es la muerte sino la humillación. Lo opuesto de la silla no es la cama sino el avión. Lo opuesto de la mujer no es el hombre sino la destrucción. Lo opuesto de mí no eres tú tampoco. ¿Alguien puede a partir de su propia experiencia decir algo, argumentar? ¿De qué estamos hablando? ¿Qué es lo más importante, qué es lo que hay que razonar?

Nosotros no somos más que una cierta mirada sobre el mundo. Cada uno es un viajero con un sueño, con una parte sensible y la otra, una especie de costra o cayo de amargura y disparate, que le hace resistir, olvidarse de las cosas importantes.

¿Qué necesitan que les pase para que hagan algo, y me dejen de mirar con esa cara de yo no fui? ¿No serán ustedes tampoco los que se levantarán de la silla y abdicarán de las guerras y los miedos? ¿Son del tipo de gente que si no les ocurre una desgracia no mueven un dedo?

(Corte.)

Tú. Sería necesario un pensamiento verdaderamente concebido por ti y por mí al mismo tiempo, en la acción del pensamiento, con las modificaciones en cada uno que provoca el pensamiento del otro, y sería necesario llegar a un pensamiento nuestro, es decir, en el

que tú te reconocieras pero, al mismo tiempo, me reconocieras, y yo me reconociera reconociéndote... ¿Pudiste hacer algo?

Yo. Todo se me confunde. Luce algo infantil decirles que construyan algo y no tengo casi ejemplos. Es decir, personas que lo que construyeron esté en pie; no encuentro casi nada y tampoco los nombres. Casi no me quedan crayolas ni lápices ni tizas para escribir en la pizarra. Las hojas tengo que pedir las pero se me olvidó hablar con mi mamá de esto. Ella tiene hojas de colores y láminas guardadas. Cuando no tengo figuritas casi no se me ocurre nada.

Tú. Elefantes, leones, ropas típicas, ceremonias... esas cosas de cuando tus padres fueron embajadores en Angola.

Yo. No, mujeres con una retahíla de niños comiendo yuca, un auto muy moderno de la ONU, un regadío, enfermeros voluntarios mostrando su vergonzoso salario delante de gente postrada, y el hombre de la casa (el padre de familia) de pie, sonriendo a la cámara. Creo que era un almanaque.

Tú. Se van a querer ir para allá.

Yo. Los niños están muy flaquitos y a la mamá le falta el diente derecho de delante. Antes, los voluntarios se enfermaban de cualquier cosa, SIDA incluso. Es que se enamoraban de las mujeres de allí, o abusaban de ellas... Y casi todas seguían con el marido, que tenía un harén.

Tú. Oye, y si te llaman para...

Yo. Yo tengo anemia. No puedo... ¿tú podrías si yo te lo pido? Falta de todas maneras... bueno, ¿qué no falta? Tienes que peinarte y tomar algo. No quiero que mi mamá te vea así cuando entremos. ¿Hace cuánto que no tomas nada?

Tú. Se me había olvidado. Voy a salir un rato. Tú también necesitas coger un aire, comer.

Yo. No me digas que... ¿Qué sabes tú lo que tengo en la cabeza? Yo no estoy triste. Siento algo terrible que no conozco, pero no es tristeza. No. No siento que vaya a llorar ni tengo hambre, no me

siento empequeñecer por esto que me pasa. Lo peor es que ni siquiera puedo decir que te necesito a ti ni a nadie. Siento ganas de acabar con todo, de matar a alguien, de matar a mucha gente que conozco. Cada vez que los miraba, sospeché que habían hecho algo como lo que le acaban de hacer a mi mamá... en su propia casa, en su cuarto, a unos pasos de mi propio padre.

El que está aquí no es el que yo quiero que esté aquí. Tengo que acomodar mis sentimientos, es decir, qué digo. Si él fuera otro sería distinto. Estaría llorando que te llora. Y sería feliz a mi modo. Entonces sí que estaría triste. Tanto amor me hace sentir que me muero de tristeza al lado de él, es decir, del otro que no está, pero que si estuviera...

Sin embargo, tú me hablas, es bueno que me hables, pero no me sirve. O sí, me sirve para resistir este momento de una manera ajena a la persona que soy yo en realidad, la persona que fuimos mi madre, mi padre y yo.

Es el ideal, un amigo de antes, un brazo cercano y extraño, con pretensiones de ser amigo o... ¿qué querrá en realidad de mí, de nosotros ahora? Alguien en quien confiar, se diría, no sé. Cada cosa que le cuento viene siendo un fogonazo que me apaga más y más. Me voy callando, me voy haciendo nada, me da miedo que casi no me importe dejar de sentir. ¿Qué hombre me va a mirar cuando salga de aquí? Qué cara de desalmada tendré. Mamá, no estoy segura de poder dar otra clase en mi vida. Tienes que ayudarme. A ti no te daba pena nada. ¿Cómo salgo de él? Me siento tan desagradecida, quiero liberarme del que me hace el bien para estar preparada, esperando, al que nunca llegará.

(Corte.)

Tú. Ya lo agarraron. Tu padre está herido.

Yo. La sangre otra vez manchando sus dientes. ¿Qué querrá que hagamos?

Tú. No se saben ese tipo de detalles. Estaba en la playa amarrado con los perros y los gatos de tu casa. Y los dientes, esparcidos como conchas. Se confundieron los policías.

Yo. ¿Y la cotorra?

Tú. ¿Dirá algo?

Yo. Si dijera su nombre todos estarían más tranquilos, incluso tú. Siempre mi papá dijo que es el animal más inteligente de la casa. Que los animales que imitan son los más inteligentes. Fíjate los monos. Y no olvidan. Esa es otra cosa. La tocas y recuerda tu olor para siempre. Le das de comer y busca tu mano por toda la casa. Hasta que no dice el nombre que busca y busca en su memoria no se está quieta, no come, ni vuelve a su jaula. Algo así me pareció siempre que es el amor, una idea así, una tortura, una ansiedad que pocas veces se estabiliza.

Tú. ¿Alguien nos traerá merienda o algo?

Yo. ¿Tienes hambre?

Tú. No, lo dije por ti. No tengo gusto en la boca. Me quedé sin gusto, será que me irá a caer catarro. Me duele el pie, casi no puedo caminar. Pero si quieres yo...

Yo. Tú... oh, no... Soy yo la que me he puesto tan estúpida. Más estúpida que mi abuela, que mi mamá. Por eso no quiero tener hijos. Creía que tú te dabas cuenta de eso. ¿Yo te parecía así en el colegio? ¿En qué notas que cambié? ¿Te parece que cambié mucho? ¿Una niña ya tiene cara de que no tendrá hijos?

Tú. Yo te siento igual, eres buena, te preocupas por los demás. A ti yo te debo parecer un... Yo sé que tú piensas que... porque siempre te digo lo mismo, pero en serio, para mí esas son las cosas más importantes. Yo creo que tú eres humana.

Yo. ¿Tú crees que me veo muy vieja? Ya no soy una muchacha, siempre mi papá me dijo eso, que tengo una expresión grave, seria. Qué horror, por qué me tengo que ver así. Mira que hace tiempo que nos conocemos y nunca te regalé nada. No tengo

perdón. No merezco nada. Ni incluso cuando fui a Italia te traje nada, aunque un día vi una cosa y pensé en ti enseguida, pero estaba cerrada la tiendecita y al otro día ya me iba.

Tú. ¿Qué cosa?

Yo. Una cafetera.

Tú. A ti es a la te gusta el café. Me parece que tenías ganas de regalártela a ti misma. Pensaste en mí en ese momento por otra cosa.

Yo. Pensé en ese día que llegué tan tarde a «El Patio» y tú estabas allí, con tu amigo el pintor que se ha puesto de moda. Tan traído por los pelos. ¿No te molesta que un tipo así esté ganando más que tú?

Tú. No me aclaraste lo del café... ¿Por qué te molestan los que ganan dinero fácil? ¿Piensas que te deben algo a ti o a tu familia? ¿O que está mal ganado porque no se sacrifican sino que se divierten de lo lindo con lo que hacen? Oye, el grano se te ha puesto peor... ¿Te diste un golpe? Déjame que te lo apriete...

Yo. Eso fue cuando quisiste besarme.

Tú. Yo no te he tocado.

Yo. ¿Por qué estás aquí conmigo? ¿Cómo lo supiste tan rápido? ¿No estarás de acuerdo con el descarado ese? ¿Quieres destruir a mi familia? ¿No les basta con todo lo que nos pasó por arriba? Siempre haciéndote el dedicado... santurrón... no tienes vergüenza... te escupo, te vomito, mira...

Tú. Estás diciéndome todas estas groserías porque no se las puedes decir al que no se quiso casar contigo. Hablándote de los tigres, te enseñó el anillo pero no te lo compró al final... Te rayaste con eso, ¿no? ¿Crees que soy tan estúpido como para pensar que soy tu amigo, que tú —un bicho tan despiadado— eres mi amiga? Me necesitas ahora, eso es todo. ¿Crees que me creí lo de la cafetera? La sangre es lo único que te importa, sacarme un litro de sangre para tu madre.

Yo. No me hables así. Mira cómo estoy temblando. Tengo miedo. Además, yo siempre te defendí.

Tú. Tú y yo sabemos por qué estamos aquí. Antes pude acariciarte, rociarte la mejilla con agua bendita, creer en Dios, ¿y ahora? Me muero por darte una bofetada así con la mano abierta.

Yo. Te aprovechas de que estoy indefensa, que tengo los tobillos hinchados, me van a tener que operar cuando termine todo esto. Casi no puedo dar un paso, los juanetes los tengo inmensos, se me salen por las sandalias, me estoy orinando y no traje papel y no tengo con qué secarme. Tú lo sabes todo de mí, por eso te aprovechas. Eres un traidor. Nunca seré tu amante. No caeré bajo tu empuñadura. No tendrás nada de mí. No pasaré una sola noche contigo, ni esta siquiera. Y fue verdad lo de la cafetera. Fue verdad, te lo juro, me dio ternura, era de acero inoxidable. ¡Cómo brillaba! La vi en una tiendecita lindísima. Quizá todavía quede. Allá no es como aquí. Las cosas duran. Ves una cosa que quieres comprar, piensas en ella un mes, la miras, la ansías con loca pasión, llega ese día cuando pudiste juntar el dinero y ahí está esperándote, como si la cosa y tú hubieran estado pensándose todo el tiempo.

Tú. ¿Por qué no me hablas así otras veces? ¿Por qué no me explicas? Me gusta cuando te tomas interés y das detalles, me tomas en cuenta. ¿Crees que eso sólo lo necesitan tus alumnos?

Yo. No sé nada, no sé convencer a nadie de nada. Opinar, nada. Ya te lo dije un día. Me veo, me oigo más bruta que mi mamá y que mi abuela. No me gusta oírme. Mañana a las 8:00 tengo que estar delante de esos treinta mequetrefes para hablarles de unos ciertos acontecimientos que no sé si tienen sentido para ellos. Nunca se aprenden los nombres ni siquiera de los muertos, ni las fechas. Quizás son mejores que nosotros y aprendieron a razonar. La primera generación racional de este país. Hay un aire, un olor, seguro que va a llover.

Tú. Estamos en un cuarto de espera. Un saloncito concebido para que los familiares esperen los partes médicos de los enfermos más graves. Mi rodilla toca la de ella, siento cómo se calienta y se enfría, cuándo tiene ganas y cuándo se le quitan. Cuando comienza con los detalles y las descripciones se vuelve dulce, educada, cruza las piernas y se mira muchas veces las manos, está a punto de preguntarme algo, de si todavía la quiero o podría quererla. ¿Será que fue ella quien estranguló al negro y por eso no lo encuentran? Ella no ha dicho dónde estuvo cuando pasó todo. Pasaron horas antes de que la encontraran. Lo más seguro es que estuviera escondida debajo de la cama. Se quedó paralizada cuando la madre empezó a gritarle que la ayudara. Me usaste, desde que éramos niños, me usaste. Has hecho conmigo lo que te dio la gana. Quién diría que nos acostamos al menos tres veces a la semana. Las cosas que me dices... «Y se reía y se reía...»

Yo. El vinagre del ceviche que no se pase. El rollo para la cámara, mira que si no vas tú, nos quedamos sin fotos de la fiesta. Los diplomas de vanguardia, que se vean bien, para cuando vengan a ver la casa.

Tú. Hasta algodón le he comprado, papel sanitario, ajustadores (usa la talla 34 B, las tiene tan lindas, los pezones tan rosados, de adolescente). He estado así de cerquita, con la lengua, con todo... y es como si no me viera. No me ve. Nunca me ha visto.

Yo. Y si de repente llega una tormenta, ¿qué nos hacemos? ¿Resistirán los cristales de las ventanas? Dejé todo abierto, la ropa tendida. Si al menos estuviéramos de vacaciones, pero en medio de las clases, no sé cómo vamos a arreglarnos. Si mamá estuviera en la casa la llamaría enseguida, pero la casa se ha quedado vacía. Me da tanta pena la casa así abierta, entrando el agua, sin nadie que cierre una ventana. Cualquiera puede llegar y acabar con todo porque nada le significa.

Tú. ¿Qué estás haciendo?

Yo. ¿Qué estaba haciendo mi mamá con unas tijeras tan grandes en una casa que no tiene jardín?

Tú. Le gustaba comprar cosas raras.

Yo. ¿Por qué dices «le gustaba»? Tú crees que no va a sobrevivir, ¿verdad? Ves gusanos por sus orejas, plánticas silvestres creciéndoles por los ojos. No pienses que eso se llama solidaridad, amistad. Te puedo enumerar una a una las veces que te quedaste a comer en mi casa, las veces que mi mamá te sirvió de lo mejor que había en la casa. Todo lo que aprendiste. No sabías lo que era el salmón, no sabías lo que eran los champiñones, el queso camembert.

Yo. Mi familia cavó su propia fosa. Te estoy mirando, veo la misma caspa que te cae sobre la camisa, igual que diez años atrás, a pesar de que mi papá te enseñó a lavarte la cabeza, no aprendiste. Un comunista te enseñó a bañarte y no aprendiste. Te decía que no te pasaras las uñas sino las yemas de los dedos, que te masajearas. ¿Y tu papá? ¿Por qué tuvo mi padre que enseñarte lo que le tocaba hacer a otro?

Tú. Lo veía muy poco, llegaba tarde siempre y había que ayudarlo a quitarse la ropa, meterlo debajo de la ducha, echaba alcohol hasta por los ojos. Le peleaba a mi mamá porque gastaba el dinero en estupideces. Ella se aparecía con jabas llenas de ropa y zapatos para ella, no paraba de comprarse cosas, y las escondía para que él no se diera cuenta. Se lo gastaba todo en ella. Me está entrando sueño. Se me cae la cabeza. Si llaman o pasa algo, me despiertas. No tengas miedo, enseguida me tocas, me avisas... ¿De dónde sacas tanta adrenalina?

Yo. Es mi mamá. Necesito estar con ella en ese jardín perfumado que no hemos llegado a tener. Creo que con un poco de suerte podremos cambiar de casa. Era un mundo que mi mamá había inventado y se quedó sin nada. Mirando la calle vacía con las

tijeras de un jardín que pensó nunca iba a tener. No es que quisiera ser dueña de un jardín. Más bien ser ella una flor junto a otras en un jardín, que un pasto la protegiera enamorada a la luz de la luna. Flores, abejas, follaje, flores rojas, amarillas, rosas, gladiolos, margaritas, claveles, azucenas, jacintos, mariposas, dalias, geranios, joyas escondidas en el jardín: aretes de sus abuelas, prendedores de su mamá, anillos de sus tías, jazmines de su velo de novia. Necesito ir al baño. Mirarme en el espejo.
(Corte.)

Al amado que regresa al puerto de La Habana qué bien le sienta el caballo que le trae su novia desde... Pasan bien de cerca los grilletes y los premios, los polizones y embajadores que sin estar tristes –del deshonor– no pueden mirarle a los ojos. El héroe, el bienamado, se recuesta en el hombro de la mujer que no supo ver pétalos de rosa en sus labios, perfume en el cuello de sus camisas en vez de marcas de infidelidad. El grillo mañanero, la simiente vendida al mejor postor, la culpa en la sonrisa medio abierta, dientes como diamantes en medio de una autopsia... Oh, mi amado, ¿cuándo –feliz y exaltado amigo del pueblo– vas a ser el vendaval sobre mi alma?

¿Crees que esto te pasó por darle de comer en tu plato a los gatos que recogieron en la calle, durante todos estos años, papá y tú? Creo que es un castigo a la soberbia de los excesivamente generosos, porque en el fondo tú y papá se han creído que son los únicos que viven en el mundo, y desconocen así a los demás. Un flujo de gente extraña los estuvo observando, y no pudieron con tanto resentimiento. Los justos, qué palabra.

Si por ejemplo, yo me hubiera acostado con el albañil que puso los pisos de la cocina, quiero decir –si yo hubiera dado un paso así– ¿debería entenderlo como un peligro? Mamá, me refiero a un peligro para mi vida.

(Corte.)

Tú. ¿Cuántos años tiene ese hombre? ¿Puede hacer algo por ti, contigo?

Yo. Me escribe historias y le puso mi nombre al personaje más importante.

Tú. ¿De qué tratan sus obras?

Yo. Pensé en mi vida, en mi experiencia de televidente. Al final, ¿podré tener un hijo? ¿Ese hombre se ocupará de darnos de comer a los dos?

La fiesta del Logos
Lo íntimo y lo público en la obra dramática
de Nara Mansur Cao

Habey Hechavarría Prado